

¿Podrá el modelo de bienestar europeo sobrevivir a la crisis ecosocial?

Can the European welfare model survive the ecosocial crisis?

Fernando Arribas Herguedas
Universidad Rey Juan Carlos
fernando.arribas@urjc.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2017.3828>

En su artículo “Modelo social y límites al crecimiento en el Antropoceno”, Luis Moreno y Daniele Conversi (2017) sostienen que la principal causa de la crisis ecosocial actual –en la que el cambio climático desempeña un destacado papel— es la ideología consumista impulsada por el pensamiento neoliberal dominante durante las últimas décadas. Afirman también que dicha ideología se ha expandido por todo el planeta ignorando la existencia de límites físicos al crecimiento, exaltando el individualismo posesivo, reduciendo la noción de ciudadanía al cálculo de intereses privados y atacando las raíces solidarias del Modelo Social Europeo que se materializó en el Estado de Bienestar posterior a la II Guerra Mundial. En efecto, resulta indudable que esa cosmovisión neoliberal, como afirma David Harvey, está convirtiéndose cada vez más en un “aparato conceptual” dominante que “se injerta de tal modo en el sentido común que pasa a ser asumido como algo dado y no cuestionable” (Harvey, 2007: 11). Como a su vez señalan acertadamente Moreno y Conversi, la reciente crisis económica ocasionada por la expansión del capitalismo especulativo no ha frenado esta asimilación cultural del imaginario neoliberal. Más bien al contrario, el neoliberalismo continúa ahondando la desigualdad económica y la exclusión social. Esta última se manifiesta en lo que podría denominarse injusticia ambiental: pues aquellos más negativamente afectados por el cambio climático son los sectores de la población que generan una menor huella ecológica (es decir, los más pobres).

Moreno y Conversi mantienen, por otra parte, que el modelo europeo de bienestar se fundamenta en “valores de equidad social (igualdad), solidaridad colectiva (redistribución) y eficiencia productiva (optimización)” (2017: 311). A su vez, estos valores son el requisito imprescindible para la emergencia y el desarrollo de una “ciudadanía social” que retrocede rápidamente ante la expansión del “neoesclavismo” asiático, un modelo de explotación laboral propio del siglo XIX, así como ante la “remercantilización individualista anglo-norteamericana” (2017: 311-12) que combate las políticas de redistribución fiscal ofreciendo al ciudadano una engañosa “libertad” para elegir en el mercado los servicios que procurarán su bienestar. La deslocalización, el “dumping social” y la eliminación de derechos laborales son las consecuencias del primero, mientras que la segunda contribuye a la atomización de la sociedad disolviendo los vínculos necesarios para mantener la

solidaridad colectiva. Ambos rasgos de la economía global de nuestro tiempo, acriticamente impulsados por la cosmovisión neoliberal, contribuyen a su vez al agravamiento de los efectos del cambio climático, afirman atinadamente Moreno y Conversi. Pues, en efecto, propician el consumismo desmedido entre las capas más favorecidas de la población mundial y, lejos de promover una política común que propicie la transición a una economía global post-fosilista, refuerzan la idiocia moral de la ciudadanía.

Sin embargo, el desafío que nos plantea la crisis ecosocial (en la que el cambio climático es el mayor de los problemas pero no el único) quizá trascienda lo imaginable hasta el punto de que nuestros autores parecen sobrevalorar la posibilidad de recuperar un modelo como el Estado de Bienestar europeo. Es completamente cierto que las soluciones para el cambio climático (o más bien la amortiguación de sus efectos más nocivos y la adaptación a sus inevitables consecuencias) requieren de un sentido fuerte de la solidaridad social y una concepción global de la ciudadanía que la cosmovisión neoliberal arruina por completo. También es cierto que el aumento de la desigualdad y la exclusión social profundizan la injusticia climática que subyace a la economía global. En efecto, los valores en torno a los cuales se articula el modelo social europeo, antes mencionados, son necesarios para afrontar el reto planteado por el cambio climático. Pero cabe preguntarse si tales valores son *suficientes*, pues el modelo social europeo se construyó sobre una cosmovisión asimismo liberal (aunque igualitarista) en la que la noción de límites físicos al crecimiento no se planteaba en absoluto y se daba por hecho que el progreso tecnológico permitiría continuar por la senda del crecimiento indefinido. En otras palabras, el Estado de Bienestar europeo se materializó históricamente en una época –las tres décadas posteriores a la II Guerra Mundial— en la que fluía el petróleo barato y en la que la redistribución más igualitaria de la riqueza mediante políticas sociales fue viable merced a la elevación de la recaudación fiscal por parte de los Estados; incremento que a su vez habría sido imposible sin el excepcional crecimiento económico que experimentaron los países industrializados. El aumento de la población mundial fue también exponencial y la mayor parte de las emisiones responsables del cambio climático se produjeron durante ese período. Por otra parte, la crisis que los Estados de Bienestar hubieron de afrontar en la década de los setenta tuvo mucho que ver con la ralentización de ese crecimiento y el consiguiente incremento del déficit fiscal. De este modo, cabe esperar que en una economía en la que los combustibles de origen fósil van a dejar de estar disponibles de forma paulatina, no solo por su contribución al cambio climático, sino por su inminente agotamiento, las tasas de crecimiento se estancarán y, muy probablemente, se desplomarán. En ese más que probable contexto de austeridad ecológica impuesta por las circunstancias, lo que cabe preguntarse, pues, es si el modelo social europeo será capaz de promover, como afirman Moreno y Conversi de modo un tanto optimista, “el crecimiento económico sostenible basado en la cohesión social” (2017: 311). No parece que este oxímoron del “crecimiento económico sostenible” al que se refieren nuestros autores vaya a ser factible, de modo que el principal objetivo debería ser más bien la reformulación del modelo social europeo en un contexto en el que resulta urgente una disminución del consumo y la producción si se pretenden amortiguar los impactos más graves del cambio climático. Como ya se ha dicho, los valores del modelo del Estado de Bienestar europeo son, por supuesto, necesarios en un mundo que padece los efectos de la crisis ecosocial –no cabe imaginar una sociedad global que pueda afrontar dicha crisis sin procurar una vida digna a sus ciudadanos mediante la promoción de la equidad, la solidaridad y la eficiencia productiva— pero, al mismo tiempo, se antojan insuficientes si no se reformulan las bases de ese modelo bajo la premisa fundamental de una economía basada en el decrecimiento. El necesario cambio de paradigma fundado en la interdisciplinariedad, defendido por Moreno y

Conversi al final de su texto, debe partir del hecho incuestionable de la existencia de límites físicos al crecimiento, relativos tanto a la disponibilidad de recursos, como a la capacidad del ecosistema planetario para asumir la creciente generación de residuos y gases de efecto invernadero. Pero tales límites no pueden respetarse si seguimos abrazando una u otra ideología prometeica de crecimiento indefinido. Si bien el modelo neoliberal es rechazable por basarse en una ideología del consumo conspicuo e ilimitado que contradice los supuestos básicos de la ciencia que nos revela la realidad de tales límites, el modelo social deberá reescribir sus fundamentos para adecuarlos a un contexto de austeridad. Así, el objetivo del desarrollo sostenible, tan ensalzado durante décadas, hoy se antoja irrealizable en la medida en que dicho desarrollo descansa en una aceptación acrítica del crecimiento económico como meta social incuestionable. Sobra decir que, por supuesto, la concepción ecológica de la austeridad nada tiene que ver con la premisa ideológica del neoliberalismo que la concibe tan solo como el principio básico de políticas desreguladoras que desmantelan las estructuras del Estado del Bienestar.

Por tanto, es preciso no llevarse a engaño respecto a la consecución de metas que pueden ser inalcanzables. Así, cuando Moreno y Conversi afirman que “la adecuación del cambio climático a las necesidades humanas también implica erradicar la pobreza, el hambre y la desnutrición” (2017: 313) están deslizándose inconscientemente una creencia en que *alguna forma* de crecimiento económico seguirá desarrollándose en el futuro. En primer lugar, parece complicado que el cambio climático vaya a adecuarse a las necesidades humanas: más bien debería ser a la inversa, habrían de ser las necesidades las que se reformularan bajo la luz del porvenir que nos espera. En segundo lugar, parece también complicado que, en un contexto de cambio climático acelerado, podamos erradicar la pobreza sin reducir considerablemente el consumo y la producción en los países ricos. Nuestros autores no mencionan la inevitable austeridad a la que habremos de hacer frente si se pretende llevar a la práctica un modelo social equiparable al europeo en el conjunto del planeta. En otras palabras, garantizar una vida digna al conjunto de la población mundial no parece un proyecto viable sin que los ciudadanos de los países más ricos hagamos nuestro un modo de vida mucho más austero que aquel al que estamos acostumbrados. Ese es nuestro destino indefectible tanto si apostamos por un modelo social similar al Estado de Bienestar europeo o un modelo suicida como el propuesto por el capitalismo especulativo global.

Cabe añadir que el modelo de bienestar europeo puede ser víctima de la tecnolatría en la misma medida que la cosmovisión neoliberal. Muchos defensores de planteamientos neoliberales tratan de esquivar la incómoda realidad de los límites físicos al crecimiento argumentando que el crecimiento económico no depende tanto de la disponibilidad de fuentes de energía y recursos como de la ingeniosidad humana para desarrollar nuevas tecnologías que permitan a su vez un empleo más eficiente de tales fuentes y recursos, así como el descubrimiento de otros nuevos. Pero esta premisa subyace asimismo a muchos planteamientos liberales igualitaristas (Arribas, 2011). A partir de esta visión prometeica, se aduce que una política económica basada en el decrecimiento impediría el desarrollo del conocimiento y la consiguiente implementación de nuevas tecnologías más limpias. Por desgracia, existen suficientes evidencias científicas de que la cantidad de energía necesaria para mantener el ritmo de crecimiento económico global no estará disponible en un contexto post-fosilista.¹ Las fuentes alternativas de energía desarrolladas hasta el momento no podrán sustituir a los combustibles de origen

¹ Para una visión general y asequible, véase el blog de Ferrán P. Vilar: <https://ustednoselocree.com/>.

fósil a medio plazo. En otros términos, las perspectivas no son halagüeñas: las energías alternativas no serán lo bastante eficientes para mantener los niveles de consumo que consideramos imprescindibles en los países ricos, niveles que solo estarán al alcance de una minoría privilegiada a costa del bienestar de la mayoría si no se toman medidas políticas drásticas.

El prometeísmo tecnológico es víctima de un ingenuo autoengaño: pues aunque la humanidad haya encontrado con anterioridad soluciones a muchos de los problemas que ha afrontado no significa que vaya a hacerlo siempre en el futuro. El cambio climático supone un desafío tecnológico sin precedentes, pero también, y ante todo, plantea un desafío ético: una “tormenta moral perfecta” (Gardiner, 2011) en la que solo mediante un esfuerzo colectivo a escala planetaria podría hallarse una solución. Esta solución (o más bien deberíamos decir “adaptación”) a las nuevas circunstancias (Worldwatch Institute, 2013; Riechmann, 2014), puede llevarse a cabo a través de un proyecto pacífico basado en la solidaridad colectiva que reformule nuestros deseos, necesidades y metas, y en el que además las concepciones de la libertad individual y del bienestar propias del discurso liberal igualitarista keynesiano sean profundamente reconstruidas; o bien puede ignorarse el dilema planteado por la tormenta moral perfecta huyendo hacia delante y consolidando el actual modelo social desigual, injusto y arbitrario en el que los intereses de unos pocos prevalecen sobre los de la mayoría. La diferencia entre ambos modelos estriba en que, según el primero, el modelo social de corte europeo podrá sobrevivir, aunque profundamente remodelado, a condición de repartir la austeridad para garantizar la equidad y la dignidad; por el contrario, todo apunta a que el segundo impondrá una indigna austeridad a la mayoría de la población mundial con el fin de asegurar los privilegios de una minoría enriquecida que no tiene intención alguna de transformar su modo de vida.

Bibliografía

- ARRIBAS, F. (2010): “La miseria del negacionismo climático: El pensamiento liberal y la sostenibilidad ecológica”, *Sistema*, 214, pp. 81-101.
- BARDI, U. (2014): *Los límites del crecimiento retomados*, Madrid, La Catarata.
- GARDINER, S. (2011): *A Perfect Moral Storm: The Ethical Tragedy of Climate Change*, Oxford, Oxford University Press.
- HARVEY, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- RIECHMANN, J. (2014): “¿Tiene sentido seguir evocando transiciones hacia sociedades económicamente sustentables?”, epílogo de U. BARDI (2014): *Los límites del crecimiento retomados*, Madrid, La Catarata, pp. 199-213.
- WORLDWATCH INSTITUTE (2013): *La situación del mundo 2013: ¿Es aún posible lograr la sostenibilidad?*, Barcelona, Icaria.